

PRÓLOGO

Sergio Tischler Visquerra

No me gustan los prólogos excesivamente largos, a la manera de estudios especializados en el tema que el autor del libro prologado intenta exponer. Odio los prólogos que son como resúmenes de libros, y están escritos en clave de elogio formal al autor. Me parece que un prólogo (y esto es gusto personal) debería decir claramente por qué razones el libro merece ser leído. Es en esa clave que quiero hacer las siguientes anotaciones al libro de Victoria Sanford sobre la masacre en la población de Panzós, Alta Verapaz, en 1978, donde en pleno día fueron asesinados más de 100 indígenas por el Ejército, incluyendo mujeres y niños.

En primer lugar, el libro inscribe la historia de Panzós y la masacre en la larga duración de la historia guatemalteca. Sin embargo, eso no significa ubicar el hecho en un contexto y en un tiempo cronológico. Lo que hace la autora es analizar la larga duración de la historia del país como *continuum* de dominación, para decirlo siguiendo las tesis sobre filosofía de la historia de Walter Benjamin. En ese sentido, Victoria Sanford reconstruye la historia nacional a partir del eje local de Panzós. Nos habla del nexo ancestral de

la población q'eqchi' con la tierra, y cómo, desde la colonia, la relación entre el poder y la población indígena ha tenido un componente fundamental de violencia directa y despojo agrario. En ese sentido, es importante señalar que uno de los componentes fundamentales del estado nacional guatemalteco ha sido la política de construcción de una subalternidad campesina e indígena fundamentada en una mezcla perversa de servidumbre y de exclusión. Este rasgo es parte de la forma oligárquica del estado moderno guatemalteco.

Victoria Sanford ilustra el proceso de despojo agrario que sufrió la población indígena de la región con la reforma liberal de 1871, y cómo la reforma, que es un punto señero en la constitución del estado nacional guatemalteco, actualizó y reforzó la institución colonial de la servidumbre agraria. También señala cómo en el periodo de la revolución democrática (1944-1954) la población q'eqchi' de Alta Verapaz comenzó a tener participación en el gobierno municipal, particularmente en lo que se refiere a la realización de ciertos aspectos de la política de reforma agraria del gobierno de Jacobo Árbenz. Pero con la derrota de la revolución democrática, revolución que se puede considerar como ruptura temporal del *continuum* oligárquico de la dominación en Guatemala, la reforma agraria fue echada al cajón de la basura de la oligarquía y continuó el proceso de despojo agrario de la población indígena, el cual se agudizó en la década de los setenta. Sin embargo, la autora señala un rasgo muy importante en y en contra de esa historia como duración de la forma finquera del poder nacional. Es la resistencia de la población. Desde tiempos ancestrales, señala, en la subjetividad de la elite se ha

cultivado el miedo a la posibilidad de un levantamiento indígena. Pero en la década de los setenta, ese miedo se hizo más agudo debido a la creciente organización de la población indígena y el despliegue de la lucha por la tierra. De tal suerte, que la historia nacional como historia del poder oligárquico, con todos sus reflejos e instituciones, se va a dar cita en Panzós el 29 de mayo de 1978, para contener a los desobedientes, es decir, a aquellos que, con sus luchas, desafiaban la condición de subalternidad determinada por el poder. El imperativo para el estado y la elite era restablecer la malla mental y operativa de la subalternidad en la población, ya que se había erosionado por las luchas campesinas e indígenas. Para ello, desde su lógica, era necesaria la violencia implacable del estado, el terror.

En ese sentido, el estudio de Sanford es muy importante, porque permite analizar cómo en Panzós se condensó violentamente la historia del país, como historia del poder y de las luchas contra ese poder; algo que se daría en una escala enormemente mayor durante la política de “tierra arrasada”, en los ochenta.

Otro aspecto del trabajo que me gustaría destacar, es el relacionado con el discurso oficial sobre la masacre y las estructuras de representación que expresa. A partir de entrevistas a jefes militares, periodistas y pobladores, así como de datos hemerográficos, la autora reconstruye la masacre de Panzós como “metáfora”. El aspecto más contundente de ese enfoque es la presentación de un imaginario distorsionado y pervertido en las elites y el Ejército. “Dentro de la estructura ideacional del estado de seguridad nacional guatemalteco—escribe—, aquellas personas victimizadas

por el Ejército son responsables de su propia victimización.” La autora proporciona un material muy valioso al respecto. En primer lugar, reconstruye la versión oficial de los hechos, y la contrasta con la de las víctimas y la de periodistas. Por ejemplo, en la versión oficial hubo 37 muertos, mientras que los pobladores hablan de 100 muertos, incluyendo mujeres y niños, así como de 600 personas que tuvieron que huir a la montaña. Pero lo más importante del análisis que proporciona la autora, no es la burda tergiversación oficial de los hechos, sino “la estructura ideacional”, para decirlo con sus palabras, que se encuentra al interior de las declaraciones de altos funcionarios del Ejército y las elites guatemaltecas. De tal suerte, que la masacre de Panzós se presenta como metáfora que permite visualizar las formas represivas y racistas internalizadas como *doxa* o sentido común en la cultura dominante. Entre otras cosas, esa perspectiva analítica permite establecer cómo un hecho abominable, como la masacre, no obedece nada más a factores coyunturales y a cuestiones de manejo de una situación de conflicto, sino a una trama más profunda, de larga duración: al *continuum* de la historia nacional como historia donde las formas de dominación han tenido un carácter abiertamente represivo, particularmente respecto a la población campesina e indígena. Es una cuestión que queda suficientemente clara en las declaraciones oficiales y en las entrevistas a altos funcionarios del Ejército. La idea que se repite tiene la misma estructura: fueron los indígenas los culpables de los hechos y el Ejército actuó en legítima defensa para restablecer el orden. Una idea absurda, pero perfectamente “racional” dentro de la cultura represiva. A lo cual, se agrega la carga paternalista y racista de la explicación: los

indígenas fueron usados por gente del Ejército Guerrillero de los Pobres, porque ellos son gente pacífica que por su propia cuenta no puede llevar a cabo un acto de protesta como el que tuvo lugar en Panzós momentos antes de la masacre. De tal suerte, que para que la población campesina e indígena se manifestara era necesario un agente externo: la guerrilla, Fidel Castro, o instigadores extranjeros. Tomando en cuenta la historia de despojo agrario a los campesinos, así como la resistencia de estos al despojo, es absurdo pensar en un campesinado sin historia propia; por el contrario, lo más razonable sería pensarlo como sujeto surgido del antagonismo y de la lucha. Pero la *doxa* o el sentido común de las elites implica un modelo de subalternidad donde los campesinos e indígenas son representados como gente sin capacidad de comportamiento racional, por lo que para que su existencia sea menos mala necesitan obedecer el mandato de los patrones finqueros y de las instituciones estatales. Cualquier protesta, cualquier lucha por su derechos, será calificada como irracional en dicho horizonte conceptual. Con lo cual, se justifica cualquier acto de barbarie contra ellos. La exploración de ese tipo de subjetividad, constitutiva de la realidad nacional, es uno de los aportes más importantes del libro.

En el tercer capítulo, la autora nos proporciona un nivel diferente de reconstrucción de los hechos. Basándose en entrevistas a las viudas, documentos oficiales de archivos municipales, y los datos proporcionados por la exhumación de un cementerio clandestino, Sanford nos presenta una reconstrucción de la masacre de Panzós que desmiente la historia oficial y profundiza sobre los hechos. Uno de los aspectos más importantes que el estudio presenta es

la del terror selectivo después de la masacre. Al respecto, se presentan testimonios de los secuestros y asesinatos perpetrados por el Ejército contra los pobladores de la zona. Quizás, sin embargo, la cuestión más significativa de este capítulo es el trabajo que la autora desarrolla sobre la memoria. Por un lado, Sanford hace una labor de recuperación de la memoria sobre la masacre teniendo por centro la voz de las mujeres; mujeres que hablan del inmenso dolor por el asesinato de esposos, hijos, padres, y compañeras. Ellas describen los hechos como los vivieron y, al mismo tiempo, nos comunican cómo la masacre y la represión selectiva que le siguió ha dejado una huella terrible de dolor y destrucción en sus vidas. Sin embargo, la autora presenta otro nivel de la memoria. El mismo acto de verbalizar el dolor e identificar a los responsables, aparece como un acto fundamental de dignidad y de lucha contra el olvido de los hechos ocurridos. Esto es muy importante, entre otras cosas, porque la masacre en tanto acto represivo del estado guatemalteco no sólo estaba dirigida a golpear y eliminar físicamente a los indígenas insubordinados, sino a la reproducción de un orden mental basado en el miedo y en la creencia de que el terror del amo siempre tiene justificación. De tal manera, que los testimonios de esas mujeres significan un desafío a ese orden mental, y al tipo de subalternidad que implica. La dignidad, en este caso, se sobrepone al miedo. Y eso permite una reapropiación colectiva de la historia en abierto desafío a la cultura del terror; esto es, permite la producción de una memoria desde la dignidad del “aquí y ahora”. La recuperación de esa clave en las voces de las mujeres le da al estudio un carácter muy especial, porque el dolor humano es

transformado en lucha, en dignidad. Es un dolor que sale del abismo hacia la luz. El YO NO TENGO MIEDO de una de las oradoras en la ceremonia de re-entierro de los restos de las víctimas encontrados en un cementerio clandestino de Panzós, es un profundo desafío a la trama perversa de dominación, donde el terror ha sido una constante.

Por las razones señaladas, y otras más que escapan a este breve escrito, el libro de Victoria Sanford es una contribución muy importante al esclarecimiento de la masacre ocurrida en Panzós, y al estudio de la violencia política como parte constitutiva del estado nacional guatemalteco. Pero, por otro lado, es un trabajo que recupera la memoria de los sin voz como momento central de la lucha contra la impunidad. En ese sentido, es un esfuerzo muy significativo en la brega actual por eliminar las estructuras del poder que guardan en un núcleo duro las posibilidades del terrorismo estatal.

Puebla, México, abril de 2008.